

se sabe que aquel hombre es un abismo. Está estancado, pero profundo. De vez en cuando se nota en su superficie una perturbacion de la cual nada se comprende. Pliegase una arruga misteriosa, despues se desvanece, y otra vez vuelve á aparecer; una burbuja de aire asciende y se deshace. Poca cosa, pero terrible. Es la respiracion de la bestia desconocida.

Ciertos hábitos extraños, llegar á la hora en que se van los demas, borrarse miéntras que los otros se ponen de manifesto, guardar en todas las ocasiones lo que pudiera llamarse el manto color de muralla, buscar la avenida de árboles solitaria, preferir la calle desierta, no tomar parte en las conversaciones, evitar la muchedumbre y las fiestas, ser hombre de posibles y vivir pobremente, tener, rico y todo, la llave de casa en el bolsillo y la palmatoria de la bujía en el cuarto del portero, entrar por la puerta falsa, subir por la escalera excusada, todas estas singularidades insignificantes, arrugas, burbujas de aire, pliegues fugitivos en la superficie, vienen generalmente de un fondo formidalle.

Así transcurrieron algunas semanas. Una vida nueva se fué apoderando poco á poco de Coseta; las relaciones que crea el casamiento, las visitas, los cuidados de la casa, los placeres, estos grandes negocios. Los placeres de Coseta no eran costosos; consistian en uno solo: estar con Marius. Salir con él, quedarse con él, talera la grande ocupacion de su vida. Para ellos era una alegria siempre nueva el salir de brazo, á la faz del sol, por en medio de la calle, sin ocultarse, en presencia de todo el mundo, los dos enteramente solos. Coseta tuvo una contrariedad. Tousseint no pudo vivir en armonía con Nicolette, pues dos viejas solteronas no pueden avenirse jamas; y se marchó. El abuelo lo pasaba bastante bien; Marius abogaba de vez en cuando en algunas causas; su tia, la señorita

Gillenormand, hacía pacíficamente cerca del nuevo matrimonio esa vida lateral que la era á ella suficiente. Juan Valjean venía todos los dias.

Una vez desterrado el tuteo, el usted, el señora, el señor Juan, todo esto le hacía ya otro para Coseta. El cuidado que él mismo habia puesto para separarla de él, le salía bien. Cada vez estaba ella más alegre y ménos tierna. Sin embargo, le quería siempre mucho, y él lo conocía. Un dia le dijo ella de improviso: Usted era mi padre, y ya no es mi padre, era usted mi tio, y ya no es mi tio, era usted el señor Fauchelevent, y ahora es usted Juan. ¿Quién es usted por fin? Á mí no me gusta nada de eso. Si yo no supiera que es usted tan bueno, tendria miedo de usted.

Él continuaba siempre viviendo en la calle del Homme-Armé, no pudiendo decidirse á alejarse del barrio que habitaba Coseta.

En los primeros tiempos sólo permanecía junto á Coseta algunos minutos, y despues se marchaba.

Poco á poco fué tomando la costumbre de hacer sus visitas ménos cortas. Diríase que se aprovechaba de la autorizacion de los dias que iban alargando: venía más temprano y se iba más tarde.

Un dia se le escapó á Coseta el decirle: Padre. Un vivo resplandor de gozo iluminó el viejo y sombrío rostro de Juan Valjean. La reprendió sin embargo, diciéndola: Llámeme usted Juan. — ¡Ah! y es verdad, repuso ella dando una carcajada, señor Juan. — Está bien, dijo él. Y volvió la cara, para que ella no le viera enjugarse las lágrimas.

III

SE ACUERDAN DEL JARDIN DE LA CALLE DE PLUMET

Aquella fué ya la última vez. Á partir de esta postrera vislumbre, la extincion fué completa. No más familiaridad, no más saludo acompañado de un beso, no más, nunca, esta palabra tan profundamente dulce: ¡padre! hallábase á petición suya y por su propia complicidad, sucesivamente privado de todas sus dichas; y tuvo que sufrir esta miseria, que despues de haber perdido á Coseta toda entera en un dia, le fué preciso ir la perdiendo de nuevo en detalle.

La vista acabó por acostumbrarse á las luces de cueva. Bastábale, en suma, tener cada dia una aparicion de Coseta. Toda su vida se hallaba concentrada en aquella hora. Se sentaba junto á ella, la miraba en silencio, ó bien la hablaba de los años pasados, de su infancia, del convento de sus amiguitas de aquella época.

Una tarde, — era uno de los primeros dias de Abril, fresco aún, pero en que ya el calor se hace sentir, el momento de la grande alegría del sol, los jardines que rodeaban las ventanas de Marius y de Coseta tenían la emocion de este despertamiento de la naturaleza, el oxia-canto iba ya á abrir sus capullos, toda una joyería de alelíes se ostentaba sobre las vetustas paredes, las rosadas bocas-de-lobo se entreabrian al traves de las hendiduras de las piedras, entre la yerba principiaban á brotar graciosamente dorados pimpollos y lindas margaritas, las blancas mariposas empezaban á formar su bello cortejo á las flores, el viento, este tañedor de instrumentos campestres en la eterna fiesta nupcial de la naturaleza, ensayaba en los árboles las primeras notas de esa grande sinfonía de la aurora primaveral que los antiguos poetas llamaban renovamiento, — Marius dijo á Coseta: — Hemos dicho que iríamos á ver nuestro antiguo jardin de la calle de Plumet. Vamos allá. No seamos ingratos. — Y echaron á volar como dos golondrinas hácia la primavera. Aquel jardin de la calle de Plumet les causaba á ellos el efecto del alba. Tenian ellos ya en el pasado período de la vida algo que parecia ser la primavera de su amor. Como la casa de la calle de Plumet se hallaba arrendada por un largo plazo, pertenecia aún á Coseta. Dirigiéronse pues á aquel jardin y á aquella casa. Volvieron á encontrarse allí, y volvieron á olvidarse. Por la noche, á la hora ordinaria, vino Juan Valjean á la calle de las Filles-du-Calvaire. — La señora ha salido con el señor, y aún no han vuelto, le dijo Basque. Se sentó con el mayor silencio, y esperó durante una hora. Coseta no entró en este tiempo. Bajó él la cabeza, y se marchó.

Tan embriagada estaba Coseta de su paseo á « su jardin, de ellos, » y tan gozosa de haber vivido todo un dia en su vida pasada, » que no habló de otra cosa al dia si-

guiente. Ni siquiera se apercibió de que no había visto el día anterior á Juan Valjean.

— ¿De qué manera fueron ustedes allá? la preguntó Juan Valjean.

— Á pié.

— ¿Y cómo volvieron ustedes?

— En fiacre.

De algun tiempo á esta parte, Juan Valjean notaba la vida estrecha que hacía la jóven pareja. Y esto le importunaba bastante. La economía de Marius era severa, y esta palabra tenía para Juan Valjean su sentido absoluto. Por fin se resolvió á aventurar una pregunta :

— Por qué no tienen ustedes un carruaje propio? Un bonito cupé no les costaría más de unos quinientos francos al mes. Y ustedes son ricos.

— No sé, respondió Coseta.

— Lo mismo que Toussaint, añadió Juan Valjean. Se ha marchado, y ustedes no la han reemplazado. ¿Por qué?

— Con Nicolette tenemos bastante.

— Pero usted necesitaria una doncella.

— ¿Es que no tengo á Marius?

— Deberian ustedes tener casa propia, criados para el servicio de ustedes dos, coche, palco en el teatro. No hay nada que sea demasiado hermoso para ustedes. ¿Por qué no se han de aprovechar de los bienes que poseen? La riqueza es una cosa que aumenta la felicidad.

Coseta no respondió nada.

Las visitas de Juan Valjean no se abreviaban. Bien léjos de esto, cuando el corazon es el que resbala, nunca se detiene en la pendiente.

Cuando Juan Valjean queria prolongar su visita y olvidar la hora, se ponía á hacer el elogio de Marius : le hallaba hermoso, noble, valiente, entendido, elocuente, bueno. Hablaba despues Coseta encareciéndole

aún; y Juan Valjean recomenzaba. Materia era esta que no se apuraba jamas. Marius, esta palabra era inagotable! volúmenes enteros podian hacerse con estas seis letras. De esta manera conseguia Juan Valjean permanecer allí largo rato. Ver á Coseta, olvidarse junto á ella, todo esto le era tan grato, le hacía tanto bien! Así curaba él sus heridas. En várias ocasiones sucedió que Basque vino á decir por dos veces : El señor Gillenormand me envía para que recuerde á mi señora la baronesa que la comida está en la mesa esperando.

En aquellos días, Juan Valjean se volvía á su casa muy pensativo.

¿Habria pues algo de exacto en aquella comparacion de la crisálida que se habia presentado á la mente de Marius? ¿Sería, en efecto, Juan Valjean una crisálida que se obstinaria, y que vendria á hacer visitas á su mariposa?

Un día permaneció aún mucho más tiempo que de ordinario. Al día siguiente observó que no habia lumbre en la chimenea. — ¡Toma! dijo para sí; no hay lumbre. Y se dió á sí mismo la explicacion :

— Es muy natural. Estamos en Abril. Los frios han cesado.

— ¡Jesus! ¡qué frio hace aquí! exclamó Coseta al entrar.

— ¡Qué! ¡no! dijo Juan Valjean.

— ¿Á que es usted quien ha dicho á Basque que no enienda lumbre?

— Sí, Estaremos pronto en el mes de Mayo.

— Pero se debe hacer lumbre hasta el mes de Junio : y en esta cueva se necesita todo el año.

— Pues yo he creido que la lumbre era inútil.

— ¡Ya se conoce que esta es una de sus ideas de usted! repuso Coseta.

El día siguiente, había lumbre. Pero los dos sillones se hallaban colocados en la otra extremidad de la sala, junto á la puerta. — ¿Qué querrá decir esto? dió entre sí Juan Valjean.

Fué á tomar los sillones, y los trajo á su sitio ordinario, junto á la chimenea.

Aquella lumbre que volvía á ver encendida le dió ánimo sin embargo. Hizo durar la conversacion más tiempo que de costumbre. Cuando se levantaba para marcharse, le dijo Coseta :

— Mi marido me decía ayer una cosa rara.

— ¿Qué cosa ?

— Me decía : Coseta, tenemos treinta mil libras de renta. Veintisiete que tú tienes, y tres que me da mi abuelo. Yo le respondí : Eso hace treinta. Y él me dijo : ¿Tendrás tú valor para vivir con las tres mil solamente? Yo le respondí : Si, y con nada también, con tal que sea contigo. Y despues le pregunté : ¿Por qué me dices eso? y me respondió : Para saberlo.

Juan Valjean no encontró ni una sola palabra. Coseta esperaba probablemente de él alguna explicacion; pero él la escuchó con un silencio melancólico. Volvióse á la calle de l'Homme-Armé; iba tan profundamente absorto en sus cavilaciones, que se equivocó de puerta, y en vez de entrar en su casa, entró en la casa inmediata. Ya había subido cerca de dos pisos, cuando se apercibió de su error y volvió á bajar.

Tenía el espíritu atormentado de conjeturas. Era evidente que Marius abrigaba sus dudas acerca de la procedencia de aquellos seiscientos mil francos, que tenía algun origen impuro; ¿quién sabe? que tal vez habría descubierto que aquel dinero provenia de él mismo, de Juan Valjean, que vacilaba en presencia de aquella fortuna sospechosa, y tenía repugnancia de disfrutarla como suya

prefiriendo continuar una vida pobre, él y Coseta, á ser ricos con una riqueza turbia.

Ademas de esto, Juan Valjean empezaba vagamente á comprender que se le quería despedir de la casa.

El día siguiente, al entrar en la sala baja, experimentó como un sacudimiento que le hizo estremecer. Los sillones habian desaparecido. Ni siquiera habia en aquella pieza una silla.

— ¡Ah! ¿pero qué es esto? exclamó Coseta al entrar, ¡no hay aquí hoy sillas donde sentarse! ¿Pues dónde están nuestras butacas?

— Ya no están aquí, respondió Juan Valjean.

— ¡Esto es ya demasiado !

Juan Valjean dijo balbuciente :

— Yo soy quien he dicho á Basque que las quitara.

— ¿Y por qué razon ?

— Porque hoy no permaneceré sino algunos minutos.

— Estar poco tiempo, no es tampoco una razon para estar de pié.

— Creo que Basque necesitaba los sillones en la sala.

— ¿Para qué ?

— Sin duda tienen ustedes gente esta noche.

— No tenemos á nadie.

Juan Valjean no pudo decir ni una palabra más. Coseta se encogió de hombros.

— ¡Hacer que se lleven las butacas! El otro día hizo usted apagar la lumbre. ¡Qué original es usted!

— Á Dios, dijo entre dientes Juan Valjean.

No dijo : Á Dios, Coseta. Pero no tuvo fuerzas para decir : Á Dios, señora.

Y se marchó, postrado en el mayor abatimiento.

Esta vez, había él ya comprendido.

Al otro día no vino. Coseta no lo notó hasta por la noche.

— ¡Toma! dijo, el señor Juan no ha venido hoy.

Y experimentó como una ligera opresión al corazón, pero apenas se apercibió de ella, distraída que fué al instante por un beso de Marius.

El día siguiente, tampoco vino.

Coseta no reparó en la falta siquiera, pasó la velada y durmió la noche tan tranquila como de ordinario, y sólo al despertar fué cuando pensó en ello. ¡Era tan dichosa! Inmediatamente envió á Nicolette á casa del señor Juan, para saber si estaba enfermo, y por qué no había venido la víspera. Nicolette trajo la respuesta del señor Juan. No estaba enfermo. Estaba ocupado. Pronto vendría. Lo más pronto que le fuera posible. Por lo demás, iba á hacer un corto viaje. Que la señora debía recordar que él acostumbraba á hacer algunos viajes de vez en cuando. Que no se inquietaran. Que no pensarán en él.

Al entrar en casa del señor Juan, Nicolette le había repetido las mismas palabras de su ama: Que la señora la enviaba para saber « por qué el señor Juan no había venido la víspera. » — Hace dos días que no he ido allá, dijo Juan Valjean con dulzura.

Pero la observación se deslizó por la mente de Nicolette, quien nada de esto refirió á Coseta.

IV

LA ATRACCION Y LA EXTINCION

Durante los últimos meses de la primavera y los primeros del estío de 1833, los raros transeúntes que vagan diseminados por el barrio del Marais, los tenderos, los paseantes, los ociosos que se plantan en el portal á ver la gente que pasa, fijaban su atención en un anciano muy limpio y decentemente vestido de negro, que, todos los días, hácia la misma hora, á la caída de la tarde, salía de la calle de l'Homme-Armé, por el lado de la calle de Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, pasaba por delante de los Blancs-Manteaux, tomaba la calle de Culture-Sainte-Catherine, y luégo que llegaba á la calle de l'Echarpe, tiraba á la izquierda, y entraba en la calle de San Luis.

Desde allí andaba ya muy despacio, con la cabeza baja, sin ver nada, sin oír nada, con la vista inmutablemente fija en un punto, que era siempre el mismo, que parecía

estrellado para él, y que no era otro que la esquina de la calle de las Filles-du-Calvaire. Cuanto más se iba él acercando á aquella esquina, más se esclarecían y se avivaban sus ojos; una especie de gozo iluminaba sus pupilas como una aurora interior, tenía el semblante fascinado y enternecido, sus labios hacían oscuros movimientos, como si hallara á alguien á quien no veía, sonreía de una manera vaga, y avanzaba todo lo más lentamente que podía. Diríase que, al mismo tiempo que deseaba llegar, tenía miedo del momento en que se hallaría cerca de aquel punto. Cuando ya no había sino algunas casas entre él y aquella calle que parecía atraerle, sus pasos se acortaban y se iban haciendo cada vez más lentos, de modo que por instantes podía creerse que ya no andaba. La vacilacion de su cabeza y la fijeza de su pupila hacían recordar la aguja magnética que busca el polo. Por más que empleara mucho tiempo en hacer que durase su llegada, preciso era al fin llegar; tocaba á la calle de las Filles-du-Calvaire; y entónces se detenía, temblaba, pasaba su cabeza con cierta timidez sombría más allá de la esquina de la última casa, miraba á aquella calle, y había en su trágica mirada algo parecido al deslumbramiento del imposible y á la reverberacion de un paraíso cerrado. Y despues, una lágrima, que se había ido formando y aglomerando poco á poco en el ángulo de los párpados, bastante gruesa ya para caer, se deslizaba por su mejilla, y á veces se detenía en su boca. El anciano sentía su sabor amargo. Así permanecía algunos minutos como si fuera una estatua de piedra; y despues se volvía por el mismo camino y al mismo paso, y á medida que se iba alejando, su mirada se extinguía.

Poco á poco, aquel anciano dejó de ir hasta la esquina de la calle de las Filles-du-Calvaire; deteniase en mitad del camino, en la calle de San Luis; ora un poco más

adelante, ora un poco más atras. Un día, se quedó en la esquina de la calle Culture-Sainte-Catherine y miró hácia la calle de las Filles-du-Calvaire, desde lejos. En seguida, meneó silenciosamente la cabeza, de derecha á izquierda, como si se rehusara alguna cosa, y se volvió hácia atras.

Bien pronto no vino ya siquiera hasta la calle de San Luis. Llegaba hasta la calle Pavée, sacudía la frente, y se volvía; más adelante, no pasó ya más allá de la calle de los Trois-Pavillons; despues, no avanzó más allá de los Blancs-Manteaux. Diríase un péndulo al cual no se da cuerda y cuyas oscilaciones se abrevian, hasta tanto que cesan definitivamente.

Todos los días salía de su casa á la misma hora, emprendía la misma travesía, pero ya no la concluía, y, tal vez sin que tuviera conciencia de ella, la acortaba sin cesar cada día. Todo su rostro expresaba esta única idea: ¿Y para qué? Su pupila estaba apagada; ya no irradiaba luz ninguna. Las lágrimas también estaban agotadas; ya no se aglomeraban en el ángulo de los párpados. Aquellos ojos meditabundos estaban secos. La cabeza del anciano iba siempre inclinada hácia adelante; por momentos se removía un poco la barba; causaba pena el ver las arrugas de su cuello descarnado. Á veces cuando hacía mal tiempo, llevaba bajo el brazo un paraguas, que no abría nunca. Las buenas mujeres del barrio decían: Es un inocente. Los muchachos le seguían riendo.